

El conocimiento más importante y más difícil

1. Dicen que ocurrió en los años cuarenta del siglo pasado, en una pequeña ciudad al noroeste de México. Un niño, prácticamente desde que tenía uso de razón, no recordaba más que sus torpes movimientos. Tumbaba el vaso de leche en la mesa, se tropezaba con los muebles de la casa y otras cosas similares. Un día, la familia se reunió en la estación de ferrocarril para recibir a un pariente que volvía de un largo viaje. Mientras llegaba la hora, aquellas personas conversaban amablemente. De repente alguien dijo: *¡miren, ya viene el tren!* Todos se alinearon dirigiendo la mirada hacia el sur en la dirección indicada y comprobaron, como es natural, que aquella vieja máquina se acercaba gradualmente. Todos, menos este pequeño, que sencillamente no veía nada. A una buena tía, extrañada ante esa reacción, se le ocurrió quitarse sus lentes y ponérselos al niño. En ese momento el pequeño pegó un grito de alegría. De repente descubrió un nuevo modo de ver la vida.

El conocimiento propio, hermanos míos, no es fácil. Batallamos para conocernos en lo físico y mucho más para conocernos en lo espiritual. Los antiguos griegos, que sabían bastante de la condición humana, proponían como premisa fundamental de la sabiduría aquella sentencia inscrita en el dintel del templo de Apolo en Delfos: *Conócete a ti mismo*.

Desde sus orígenes, también el cristianismo insistió en el conocimiento personal. Para conquistar la santidad que propone el Evangelio de Jesucristo, es imprescindible que nos conozcamos bien. Con la más plena sinceridad y valentía. Porque solo identificando los propios defectos es como se les puede combatir y superar. Un escritor antiguo, san Nilo, afirmaba en el siglo X: *Ante todo, conócete a ti mismo. Ciertamente, nada hay más difícil, nada más laborioso y trabajoso; pero cuando te hayas conocido a ti mismo, entonces podrás conocer a Dios y tornar con ánimo al conocimiento de las creaturas*¹.

El gran recurso que la teología espiritual cristiana propone para este fin es el *examen de conciencia*. Unos breves minutos, tres o cuatro, al final del día, para repasar cómo vamos en la gran meta de identificarnos con Cristo. No es nada fácil, repito, porque el amor propio nos ciega tremendamente y el enemigo de nuestras almas, el demonio, nos oculta con diversos velos nuestros fallos y defectos, para que no los corriamos. San Josemaría invitaba a estar alerta ante un *enemigo pequeño, tonto, pero eficaz, que es el poco empeño en examinarse*.

Aceptar las correcciones

2. Ahora bien, aun procurando con asiduidad ese examen diario, hay muchas cosas en nosotros mismos que no alcanzamos a conocer. Por eso, es muy valioso ese otro medio del que nos habla el Señor en el evangelio de hoy: *la corrección fraterna*. Esa ayuda que nos hacen los demás, cuando delicadamente nos muestran algún defecto de nuestra vida interior o exterior, que no conocíamos o que, conociéndolo, no lo hemos rectificado

¹ San Nilo, *Epístola* 3, 314.

suficientemente. Escuchemos al Maestro: *Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas. Si te escucha, habrás salvado a tu hermano*².

Todos necesitamos de esta ayuda. Porque todos tenemos cosas que corregir. Faltas de educación, muletillas en el modo de hablar, descuidos en las virtudes de la convivencia y tantas cosas más. Agradecemos con humildad que nos proporcionen esa ayuda, aunque no sea algo que nos resulte especialmente agradable, y empeñémonos en mejorar.

Y también corregir

3. Por otra parte, además de recibir las posibles correcciones, debemos también tener la caridad y fortaleza para corregir a los demás cuando sea oportuno. Ir al encuentro de nuestros hermanos y decirles, a solas, noblemente, lo que estimamos que no está bien en su comportamiento. Es lo que nos recuerda el profeta Ezequiel en la primera lectura: Dice el Señor: *“A ti hijo de hombre, te he constituido centinela (...) Si tú no amonestas al malvado para que se aparte del mal camino, morirá por su culpa, pero yo te pediré a ti cuentas de su vida. En cambio, si tú lo amonestas para que deje su mal camino y él no lo deja, morirá por su culpa, pero tú habrás salvado tu vida”*³.

Corregir es con frecuencia algo gravoso, no nos gusta que nos digan lo que hemos hecho mal, ni es agradable decirlo a los demás. Pero es muy conveniente y, en ocasiones, realmente imprescindible. Asumiendo con entereza el dolor propio y el ajeno al cumplir el ingrato deber de corregir, nos santificamos y santificamos a los demás. Estamos, de verdad, ante un medio efficacísimo de crecimiento y madurez espiritual.

***La práctica de la corrección fraterna –que tiene entraña evangélica– es una prueba de sobrenatural cariño y de confianza. Agradécela cuando la recibas, y no dejes de practicarla con quienes convives, pedía san Josemaría*⁴. Y añadía: *Cuesta; más cómodo es inhibirse; ¡más cómodo!, pero no es sobrenatural. –Y de esas omisiones darás cuenta a Dios*⁵.**

Cuidar el modo: delicados y claros

4. Haremos más llevadero el cumplimiento de esta difícil tarea, si buscamos el momento y lugar adecuados. Si nos esmeramos en escoger las palabras para ser breves y no herir innecesariamente, para no humillar. Seamos delicados, pues, pero también claros. Es importante que el asunto se entienda bien. Tal vez ejemplificando un poco. Y que nunca falte la humildad personal, el saber que también nosotros podemos fallar en lo mismo que corregimos. Y que, a la vez que corregimos, procuramos aprender. Solo Jesús es perfecto. Nosotros estamos llenos de defectos. Pero aun así, podemos ser buenos instrumentos en las manos de Dios.

² Evangelio, *Mateo* 18, 15-20.

³ Primera lectura, *Ezequiel* 33, 7-9.

⁴ San Josemaría, *Forja*, n. 566.

⁵ San Josemaría, *ibid.*, n. 146.

Lo que definitivamente no podemos permitirnos es *la murmuración*, el hablar mal de alguien a sus espaldas. En ausencia del interesado solo podemos hablar bien. O, si de plano no es posible, nos quedaremos callados. Hay un círculo vicioso a evitar. Cuando alguien nos es antipático y nos permitimos criticarlo, lo más probable será que esa antipatía aumente y termine envenenándonos. Por el contrario, si evitamos esa crítica negativa, lo más probable es que dicha antipatía disminuya y terminemos mirando con afecto y comprensión a quien quizás antes odiábamos. Y, lo más importante, nos evitaremos incontables amarguras.

Que el Corazón Inmaculado de María nos inspire a comprender y, cuando sea el caso, corregir, a quienes Dios ha puesto a nuestro lado.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 6 de septiembre de 2020.